

ABSOLUCIÓN POR ASESINATO

PETER TREMAYNE

ABSOLUCIÓΠ
POR ASESINATO

Una novela de Sor Fidelma



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Absolution by murder*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: enero de 2015

© Peter Tremayne, 1994
© de la traducción: David León, 2001
© de la presente edición: Edhasa, 2001, 2014
Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-3585-9

Impreso en Huertas

Depósito legal: B. 22834-2014

Impreso en España

A Dorothea

ΠΟΤΑ ΗΙΣΤΟΡΙΚΑ

El presente relato transcurre en el año 664, durante el famoso sínodo de Whitby. Algunas costumbres de este período de la edad oscura pueden sorprender a muchos lectores. En particular, merece la pena señalar que, tanto en la Iglesia romana como en la que ha sido conocida como la Iglesia celta, el celibato entre los religiosos distaba mucho de ser universal. Ambos sexos convivían en abadías y fundaciones monásticas que recibían el nombre de *conhospitae*, o casas dobles, donde hombres y mujeres criaban a sus hijos en el servicio de Cristo. El monasterio de santa Hilda de Whitby, conocido en la época como Streoneshalh, era una de esas casas dobles. Incluso a los sacerdotes y obispos les estaba permitido contraer matrimonio, y no eran pocos los que lo hacían. El concepto de celibato, que originalmente estaba reservado a los ascetas, era visto con buenos ojos por Pablo de Tarso y muchos otros antiguos dirigentes de la Iglesia, y de hecho se estaba extendiendo en esa época. Sin embargo, no fue hasta el papado reformador de León IX (1048-1054) cuando se llevó a cabo un intento serio de obligar al clero occidental a aceptar dicho voto.

*No existe bestia más cruel que los cristianos
en su trato con el prójimo.*

Amiano Marcelino (330-395, aprox.)

CAPÍTULO I



Aquel hombre no llevaba muerto mucho tiempo: la sangre y la saliva que rodeaban sus labios crispados ni siquiera habían llegado a secarse. El cuerpo oscilaba de un lado a otro en la tenue brisa, suspendido al final de una firme soga de cáñamo atada a la rama de un roble enano. El horrible ángulo en que se doblaba su cabeza indicaba el lugar por donde se había roto el cuello. Sus ropas estaban desgarradas, y si había calzado sandalias, sin duda le habían sido arrebatadas por ladrones, pues en el cuerpo no había rastro alguno de tal prenda. Las manos retorcidas, manchadas de sangre aún húmeda, hacían evidente que no había muerto sin oponer resistencia.

Sin embargo, no fue la visión de un hombre ahorcado en el árbol de aquella encrucijada lo que hizo que el pequeño grupo de viajeros se detuviera. Ya estaban más que habituados a presenciar ejecuciones rituales y castigos en su viaje al reino de Northumbria a través de la tierra de Rheged. Los anglos y sajones que allí moraban parecían regirse por un código de severos castigos reservados a los que infringían sus leyes, que iban desde todo un compendio de mutilaciones hasta la ejecución por los medios más dolorosos jamás ideados,

de los cuales el más frecuente, a la par que el más humano, era el ahorcamiento. La visión de otro desdichado colgado de un árbol ya no les causaba perturbación alguna: lo que había hecho que el grupo frenase el conjunto de caballos y mulas que les servían de montura era otra cosa.

El grupo de viajeros estaba formado por cuatro hombres y dos mujeres. Todos ellos vestían la túnica de lana sin teñir propia de los religiosos, y los hombres llevaban afeitada parte de la cabeza en una tonsura que los identificaba como hermanos de la Iglesia de Columba, que tenía su sede en la isla sagrada de Iona. Casi al mismo tiempo que se detuvieron para observar el cuerpo del hombre que pendía víctima de aquella horrible muerte de ojos desorbitados, la lengua de éste empezó a ennegrecerse y asomó entre los labios en lo que debió de ser uno de los últimos resuellos frenéticos en busca de aire. La aprensión tiñó de un tono lúgubre la cara de cada uno de los miembros del grupo cuando examinaron el cuerpo.

No era difícil discernir el porqué: la cabeza del cadáver también lucía la tonsura de Columba. Lo que quedaba de sus vestiduras daba fe de que se trataba del hábito de un religioso, aunque no había indicio alguno del crucifijo, del cinturón de piel o de la taleguilla que habría llevado un *peregrinus pro Christo*.

El que iba a la cabeza de los viajeros había acercado su mula para observarlo con un gesto de terror en su blanco rostro. Otro miembro del grupo, una de las dos mujeres, condujo su montura algo más cerca y dirigió al cadáver una mirada firme. Cabalgaba sobre un caballo, lo que quería decir que no era una religiosa corriente, sino una mujer de posición. Sus rasgos pálidos no reflejaban ningún asomo de miedo, simplemente una mezcla de repulsión y curiosidad. Se trataba de una mujer joven, alta pero bien proporcionada, un hecho que apenas ocultaba su vestimenta oscura. Por debajo de la toca aso-

maba algún que otro mechón de su cabellera pelirroja. Los rasgos de su blanco rostro no carecían de atractivo; sus ojos eran brillantes, y no era fácil discernir si eran azules o verdes, pues tendían a cambiar de color con facilidad según su estado emotivo.

—Alejaos, sor Fidelma —murmuró agitado su compañero—. Ésta no es una visión digna de vuestros ojos.

La mujer a la que se había referido como sor Fidelma hizo una mueca de disgusto ante el tono preocupado de esta afirmación.

—¿Y de quién es digna, hermano Taran? —repuso. Entonces, acercando su caballo aún más al cadáver, observó—: Nuestro hermano no lleva muerto mucho tiempo. ¿Quién puede haber hecho algo tan horrible? ¿Eh, Robbers?

El hermano Taran meneó la cabeza.

—Estamos en un país extraño, hermana. Ésta es sólo mi segunda misión aquí. Han pasado ya treinta años desde que empezamos a traer la palabra de Cristo a esta tierra olvidada de Dios, pero todavía quedan muchos paganos que profesan poco respeto a nuestro hábito. Deberíamos marcharnos lo antes posible: quienquiera que haya hecho esto debe de andar por los alrededores. La abadía de Streoneshalh no puede estar muy lejos, y tenemos la intención de llegar antes de que el sol se esconda tras aquellas colinas. —Se estremeció ligeramente.

La joven seguía con el ceño fruncido, mostrando su irritación.

—¿Seríais capaz de continuar vuestro camino y dejar a nuestro hermano de esta guisa, insepulto y sin haber recibido una bendición? —Su voz era aguda y denotaba enfado.

El hermano Taran se encogió de hombros. Estaba asustado, y eso le confería un aspecto algo ridículo. Ella se volvió hacia sus compañeros.

—Necesito un cuchillo para bajar a nuestro hermano —les dijo—. Debemos rezar por su alma y hacer que reciba cristiana sepultura.

Los otros cruzaron miradas incómodas.

—Quizás el hermano Taran tiene razón —repuso la otra compañera en tono de disculpa. Era una muchacha larguirucha, y se hallaba sentada de manera torpe en su montura—. A fin de cuentas, él conoce este país... Igual que yo. No en vano viví aquí varios años como prisionera cuando me hicieron rehén en la tierra de los *cruthin*. Será mejor que apretemos el paso en busca del refugio que nos ofrece la abadía de Streoneshalh. Una vez allí, informaremos a la abadesa de esta atrocidad. Sin duda ella sabrá cómo ha de actuar al respecto.

Sor Fidelma frunció los labios y suspiró contrariada.

—Al menos podríamos satisfacer las necesidades espirituales de nuestro difunto hermano, hermana Gwid —replicó tajante. Tras un momento de silencio volvió a preguntar—: ¿Ninguno de vosotros tiene un cuchillo?

Uno de sus compañeros, reticente, se acercó a ella y le tendió una pequeña daga.

Fidelma la tomó, desmontó y se dirigió a la rama donde se encontraba atado el dogal, una de las más bajas del árbol. Había levantado el cuchillo con la intención de cortarlo cuando oyó un grito estridente que la hizo volverse en la dirección de donde procedía.

Del bosque que se hallaba al otro lado de la carretera habían emergido media docena de hombres a pie. Estaban encabezados por uno a caballo, fornido, con el cabello largo y despeinado, cuyos rizos asomaban bajo un casco de bronce pulido y convergían hacia una gran barba negra y espesa. Cubría su torso con un peto bruñido y se comportaba de manera autoritaria. Sus compañeros, arracimados a su espalda, blan-

dían todo tipo de armas, sobre todo estacas y arcos cargados con flechas, aunque no habían llegado a tensarlos.

La hermana Fidelma ignoraba qué era lo que estaba gritando aquel hombre, pero no le cabía ninguna duda de que se trataba de una orden, y no era necesario adivinar mucho para saber que lo que pretendía era que ella desistiese de su propósito.

Miró al hermano Taran, que a todas luces estaba asustado:

—¿Quién es esa gente?

—Son sajones, hermana.

Fidelma hizo un gesto de impaciencia:

—Eso lo puedo deducir por mí misma; pero mi conocimiento de su lengua es imperfecto. Debéis hablar con ellos y preguntarles quiénes son y qué saben de este asesinato.

El hermano Taran volvió grupas y llamó al cabecilla con aire contrariado. El hombre fornido del casco sonrió y lanzó un escupitajo antes de dejar escapar una retahíla de sonidos.

—Dice que se llama Wulfric de Frihop, jefe de clan al servicio de Alhfrith de Deira, y que éste es su territorio. Su casa se encuentra tras aquellos árboles. —La voz del hermano Taran reflejaba su nerviosismo, y la preocupación le hacía traducir de forma entrecortada.

—Preguntadle qué significa esto. —Sor Fidelma, por el contrario, hablaba en un tono frío e imperativo al tiempo que señalaba con un gesto el cuerpo del ahorcado.

El guerrero sajón hizo avanzar a su caballo para examinar más de cerca al hermano Taran con aire serio. Entonces su rostro barbudo se abrió en una sonrisa maligna. Sus ojos, muy juntos, y su mirada furtiva recordaron a sor Fidelma a los de un zorro astuto. Él meneó la cabeza, divertido por el tono inseguro de Taran, y contestó tras escupir de nuevo en el suelo con vehemencia.

—Eso quiere decir que el hermano ha sido ejecutado —tradujo Taran.

—¿Ejecutado? —Fidelma frunció el entrecejo—. ¿En nombre de qué ley se atreve este hombre a ejecutar a un monje de Iona?

—El monje no era de Iona —fue su respuesta—; era un northumbrio del monasterio de las islas Farne.

La hermana Fidelma se mordió el labio. Sabía que el obispo de Northumbria, Colmán, era también abad de Lindisfarne, y que el monasterio era el centro de la Iglesia de ese reino.

—¿Y su nombre? ¿Cuál era el nombre de este hermano?, ¿y qué crimen ha cometido?

Wulfric se encogió de hombros de manera elocuente:

—Quizá su madre... y también su dios, supiesen su nombre. Yo lo desconozco.

—¿En virtud de qué ley ha sido ejecutado? —insistió, haciendo un esfuerzo por contener su ira.

El guerrero, Wulfric, se había movido de manera que su montura estuviese cerca de la joven religiosa, y se inclinó hacia delante en su silla. Ella arrugó la nariz al oler su aliento fétido y observó cómo sus dientes ennegrecidos le sonreían. Sin duda estaba impresionado por el hecho de que, joven y mujer como era, no diese muestras de tener miedo de él ni de sus compañeros. Sus ojos negros parecían cavilar al tiempo que, con las dos manos posadas en el arzón de su silla, dedicaba una sonrisa desdeñosa al cuerpo que se balanceaba.

—De la ley que dice que un hombre que insulta a sus mejores ha de pagar un precio.

—¿Que insulta a sus mejores?

Wulfric asintió con un gesto.

—Este monje —siguió traduciendo Taran con evidente nerviosismo— llegó al pueblo de Wulfric a mediodía e hizo un alto en su viaje en busca de descanso y hospitalidad. Como sea que Wulfric es un buen cristiano —cabía preguntarse si este inciso era obra del mismo Wulfric o se trataba simplemente de un añadido del intérprete—, le ofreció alimento y un lugar donde descansar. Y fue durante la comida, en el momento en que el hidromiel corría en la sala reservada para los banquetes, cuando estalló la discusión.

—¿Una discusión?

—Parece ser que Alhfrith, el rey de Wulfric...

—¿Alhfrith? —interrumpió Fidelma—. Creía que el rey de Northumbria era Oswio.

—Alhfrith, hijo de Oswio, es reyezuelo de Deira, la provincia meridional de Northumbria en la que nos hallamos.

Fidelma hizo un gesto a Taran para que retomara la traducción.

—El tal Alhfrith se ha acogido a la doctrina de Roma y ha expulsado a un buen número de monjes del monasterio de Ripon por no seguir las enseñanzas y la liturgia romanas. Al parecer, uno de los hombres de Wulfric entabló una discusión con este monje acerca de los méritos de la liturgia de Columba frente a las enseñanzas de Roma. La discusión se tornó en pelea, y la pelea, en cólera. El monje dijo algunas palabras acaloradas que se consideraron insultantes.

La hermana Fidelma dirigió una mirada incrédula al jefe del clan.

—¿Y por esa razón fue ejecutado este hombre? ¿Por unas simples palabras?

Wulfric, que había estado acariciándose la barba con aire impasible, sonrió y volvió a asentir con la cabeza cuando Taran le transmitió la pregunta.

—Este hombre ha insultado al señor del clan de Frihop. Por eso ha sido ejecutado. Un hombre corriente no debe insultar a otro de noble cuna. La ley lo dice. Y la ley también dicta que este hombre debe permanecer aquí colgado durante todo un ciclo lunar a partir del día de hoy.

La rabia invadió de forma clara el rostro de la joven monja. Aunque no sabía gran cosa de la ley sajona, le parecía descaradamente injusta. Con todo, era lo suficientemente lista como para ser consciente de hasta qué punto debía mostrar su indignación. Tras darse la vuelta, montó de nuevo sin dificultad sobre su caballo y miró al guerrero.

—Sabed, Wulfric, que me hallo de camino a Streoneshalh, donde me reuniré con Oswio, rey de esta tierra de Northumbria; y entonces le informaré de cómo habéis tratado a este siervo de Dios, que se encuentra bajo su protección como rey cristiano de este país.

Si la intención de estas palabras había sido la de infundir algún temor en el alma de Wulfric, no lo lograron en absoluto. Éste se limitó a echar hacia atrás la cabeza y soltar una carcajada según eran traducidas.

Los ojos atentos de sor Fidelma no habían dejado de vigilar no sólo a Wulfric, sino también a sus compañeros, que habían presenciado la conversación acariciando sus arcos, dirigiendo ocasionales miradas a su jefe como si pretendieran anticiparse a sus órdenes. Sintió que había llegado la hora de mostrarse prudente. Entonces espoleó a su caballo, seguida por el hermano Taran, ostensiblemente aliviado, y el resto de sus compañeros. Moderó a propósito el paso de su montura: la prisa no haría más que revelar miedo, que era lo último que debía mostrar ante un pendenciero como era sin duda Wulfric.

Para su sorpresa, nadie hizo ademán alguno de detenerla. Wulfric y sus hombres se limitaron a observarlos

mientras se alejaban, dejando escapar alguna que otra risa. Momentos después, cuando habían puesto la suficiente distancia entre ellos y la banda de Wulfric, que se había quedado en la encrucijada, Fidelma volvió la cabeza en dirección a Taran:

—No hay duda de que éste es un país pagano muy extraño. Creía que era Oswio quien gobernaba Northumbria de manera pacífica y satisfactoria.

Fue la hermana Gwid la que respondió a Fidelma. Al igual que el hermano Taran, era oriunda de la tierra de los *cruthin* septentrionales, conocidos por muchos con el nombre de pictos. Conocía las costumbres y la lengua de Northumbria, pues había vivido durante años dentro de sus fronteras como cautiva.

—Aún os quedan muchas cosas que aprender de este lugar salvaje, hermana Fidelma —empezó a decir.

Sin embargo, la condescendencia que impregnaba su voz desapareció cuando sus ojos toparon con la vehemente mirada de Fidelma:

—Ponedme al corriente, pues.

—Bien —repuso Gwid con aire algo más contrito—. Northumbria fue colonizada, tiempo atrás, por los anglos. Éstos no son diferentes de los sajones que habitan el sur de esta tierra; es decir, que su lengua era la misma y adoraban a las mismas deidades extravagantes hasta que nuestros misioneros comenzaron a predicar la palabra del Dios verdadero. En este lugar se establecieron dos reinos: Bernicia, al norte, y Deira, al sur. Hace sesenta años, los dos reinos se unieron en uno, del que hoy es rey Oswio. Sin embargo, éste permite a su hijo, Alhfrith, que ejerza como reyezuelo de Deira, la provincia meridional. ¿No es así, hermano Taran?

El hermano Taran asintió con un gesto agrio.

–Es una maldición sobre Oswio y su casa –musitó–. El hermano de Oswio, Oswald, siendo rey, hizo que los northumbrios invadiesen nuestro país cuando yo no era más que un recién nacido. Asesinaron a mi padre, que era jefe de la tribu Gododdin, y mientras agonizaba mataron a mi madre ante sus ojos. ¡Los odio a todos!

Fidelma levantó una ceja.

–Sin embargo, sois un hermano de Cristo consagrado a la paz, y no debéis abrigar odio alguno en vuestro corazón.

Taran suspiró:

–Tenéis razón, hermana. A veces, nuestro credo se hace riguroso en exceso.

–De cualquier manera –siguió diciendo–, pensaba que Oswio había sido educado en Iona y que respaldaba la liturgia de la Iglesia de Colmcille. ¿Qué razón puede tener su hijo para seguir el rito de Roma y declararse, por tanto, enemigo de nuestra causa?

–Los northumbrios conocen al bendito Colmcille con el nombre de Columba –intervino, pedante, la hermana Gwid–. Así les resulta más fácil pronunciarlo.

Fue, no obstante, Taran quien contestó la pregunta de Fidelma:

–Creo que Alhfrith está enemistado con su padre, que ha vuelto a contraer matrimonio. Teme que lo desherede en favor de Ecgrith, el hijo de su actual esposa.

Fidelma exhaló un profundo suspiro.

–No logro comprender esa ley de sucesión sajona. Según tengo entendido, aceptan como heredero al primogénito, en lugar de dejar que se designe por libre elección al miembro de la familia que más lo merezca, como hacemos nosotros.

De pronto, la hermana Gwid dejó escapar un grito y señaló al lejano horizonte.

–¡El mar! ¡Puedo ver el mar! Y ese edificio oscuro que se recorta en el horizonte... debe de ser el monasterio de Streoneshalh.

La hermana detuvo a su caballo y entornó los ojos para ver en la distancia.

–¿Qué opináis, hermano Taran? Vos conocéis esta parte del país. ¿Nos acercamos al final de nuestro viaje?

El rostro de Taran hizo patente su alivio:

–La hermana Gwid está en lo cierto. Ése es nuestro destino: Streoneshalh, el monasterio de la piadosa Hilda, prima del rey Oswio.

CAPÍTULO II



Una voz ronca y estridente, a todas luces impregnada de angustia, hizo que la abadesa levantase la vista del escritorio en el que había estado examinando una página de vitela iluminada, y frunció el ceño contrariada por haber sido distraída de su tarea.

Se hallaba sentada en una oscura habitación de piedra, iluminada por varias velas de sebo colocadas en candelabros de bronce que rodeaban los altos muros. Era de día, pero la única ventana, aunque alta, no dejaba entrar demasiada luz. Por lo demás, la estancia era fría y austera a pesar de los tapices de gran colorido que cubrían lo lúgubre de la construcción. Ni siquiera el fuego cuyos rescoldos languidecían en el vasto hogar situado al fondo de la habitación daba mucho calor.

La abadesa permaneció sentada en silencio durante unos instantes. Su amplia frente y sus rasgos angulosos se vieron surcados por profundas arrugas al tiempo que sus cejas se juntaban. Sus ojos, tan negros que se hacía casi imposible distinguir las pupilas, emitieron un fulgor airado mientras ladeaba ligeramente la cabeza para escuchar el grito. Entonces, abriendo el manto de lana ricamente tejido que cubría sus hombros,

posó su mano durante un instante sobre el crucifijo finamente labrado en oro que, sostenido por una sarta de diminutas cuentas de marfil, llevaba al cuello. Sus ropajes y ornamentos hacían evidente que se trataba de una mujer pudiente y de posición por derecho propio.

El grito proveniente del otro lado de la puerta de madera no cesaba, así que, reprimiendo un suspiro de disgusto, acabó por levantarse. Aunque su estatura no era mayor que la de cualquiera, había algo en su porte que le confería un aire autoritario, que en ese momento acentuaba sus rasgos marcados por la indignación.

Entonces llamaron precipitadamente a la puerta de roble, que se abrió casi al mismo tiempo, antes de que la abadesa pudiera responder. En el umbral apareció, nerviosa, una mujer vestida con el sencillo hábito marrón propio de una hermana de la orden. Tras ella, un hombre con prendas de mendigo luchaba por liberarse de dos hermanos musculosos. La actitud de la hermana y su rostro encendido delataban su nerviosismo; parecía tener problemas para expresar las palabras que su cabeza buscaba con ahínco.

—¿Qué significa esto?

La voz de la abadesa era suave, y sin embargo, sus palabras estaban marcadas por un tono duro como el acero.

—Madre abadesa —comenzó a decir con aprensión la hermana. Sin embargo, antes de que pudiese acabar la frase, el pordiosero se puso de nuevo a gritar incoherencias.

—¡Contestad! —ordenó impaciente la abadesa—. ¿A qué viene este indignante alboroto?

—Madre abadesa, este mendigo exigió veros, y cuando intentamos expulsarlo de la abadía empezó a gritar y a agredir a los hermanos. —Las palabras salieron de su boca atropelladamente, en un solo golpe de voz.

La abadesa apretó los labios en señal de reproche.

—Acercadlo —ordenó.

La hermana se volvió para indicar a los hermanos que hicieran lo que se les mandaba. En ese momento, el mendigo dejó de forcejear.

Se trataba de un hombre delgado, hasta tal punto que más parecía un esqueleto que una persona de carne y hueso. Sus ojos eran grises, casi incoloros, y su cabeza se reducía a un matujo mugriento de pelo castaño. La tensa piel que recubría su demacrada figura estaba amarilla y apergaminada. Vestía harapos, y era evidente que no pertenecía al reino de Northumbria.

—¿Qué queréis? —le interpeló la abadesa, mirándolo con aversión—. ¿Con qué objeto causáis semejante escándalo en esta casa de contemplación?

—¿«Queréis»? —repitió lentamente el vagabundo antes de proferir en otro idioma una retahíla de sonidos entrecortados tan frenética que la abadesa acabó por inclinar ligeramente hacia atrás la cabeza mientras hacía lo posible por seguirlo.

—¿Habláis mi lengua, la lengua de los hijos de Erín?*

Ella asintió con la cabeza al tiempo que su mente traducía. El reino de Northumbria llevaba treinta años aprendiendo de los monjes irlandeses de la isla sagrada de Iona los fundamentos del cristianismo, la erudición y la alfabetización.

—Hablo vuestra lengua con la suficiente destreza —admitió.

El mendigo hizo una pausa para menear la cabeza varias veces de manera muy rápida a modo de asentimiento.

—¿Sois vos la abadesa Hilda de Streoneshalh?

Ella aspiró impaciente.

—Sí, yo soy Hilda.

* Nombre antiguo de Irlanda. (*N. del T.*)

—En ese caso, ¡prestad atención, Hilda de Streoneshalh! El aire está preñado de perdición. La sangre fluirá en esta casa antes de que acabe la semana.

La abadesa dirigió una mirada llena de sorpresa al portadizo. Le costó algunos segundos recuperarse de su declaración, que él había pronunciado en un tono rotundo, sin ambages. En él no quedaba rastro alguno de la agitación que lo había poseído poco antes. Se mostraba tranquilo, y la miraba con unos ojos que semejaban el gris opaco de un cielo turbio de invierno.

—¿Y vos, quién sois? —exigió ella al fin, después de haberse recobrado—. ¿Y cómo osáis hacer de profeta en esta casa de Dios?

Los delgados labios del mendigo se abrieron en una sonrisa.

—Soy Canna, hijo de Canna, y he leído todas esas cosas de noche en el firmamento. Pronto acudirá a esta abadía un gran número de hombres grandes y sabios, desde Irlanda, al oeste, Dalriada, al norte, Canterbury, al sur, y Roma, al este. Cada uno vendrá para defender las bondades de sus respectivos caminos para conocer al único Dios verdadero.

La abadesa Hilda hizo un gesto impaciente con su mano delgada.

—Eso lo habría adivinado cualquier palurdo, ¡oh, príncipe de los augures! —respondió enojada—. Nadie ignora que Oswio, el rey, ha convocado a los más destacados eruditos de la Iglesia para debatir si este reino debe seguir la doctrina de Roma o la de Columba de Iona. ¿Por qué nos importunáis con esos chismorreos de cocina?

El vagabundo mostró una sonrisa maliciosa.

—Pero lo que no sabe nadie es que el aire está preñado de muerte. Recordad lo que os digo, abadesa Hilda: antes de

que acabe esta semana, la sangre correrá bajo el techo de esta gran abadía y manchará la fría piedra sobre la que se erige.

La abadesa dejó escapar una mueca de desprecio.

—E imagino que, a cambio de algún precio, estáis dispuesto a desviar el curso de dicho mal.

Para sorpresa de la religiosa, el mendigo negó con la cabeza.

—Debéis de saber, hija de Hereri de Deira, que no hay manera de desviar el curso de las estrellas del cielo. No hay modo alguno de alterar su camino una vez que se ha discernido. ¡El día que el sol desaparezca del cielo, correrá la sangre! He venido a advertiros; eso es todo. He cumplido con mi deber ante el Hijo de Dios. ¡No ignoréis mi advertencia!

La abadesa Hilda observó al mendigo mientras éste cerraba firme la boca y levantaba la barbilla en señal de desafío. Se mordió el labio un momento, alterada tanto por los modales del vagabundo como por su mensaje; pero inmediatamente sus rasgos retomaron su expresión severa. Dirigió una mirada a la hermana que la había interrumpido.

—Llevaos a este charlatán insolente y encargaos de que sea azotado.

Los dos hermanos sujetaron con más fuerza los brazos del mendigo para alejarlo, a rastras y sin que dejara de retorcerse, de la estancia. A su vez, la hermana se dio la vuelta para marcharse; pero en ese momento la abadesa levantó una mano como si quisiera detenerla. La hermana volvió a girarse, al tiempo que Hilda se inclinaba hacia ella y bajaba la voz.

—Decidles que no lo azoten con demasiada fuerza. Cuando hayan acabado, dadle a ese desgraciado un mendrugo de la cocina y dejadlo ir en paz.

La hermana levantó las cejas, dudó un instante si debía cuestionar sus órdenes y enseguida asintió con un gesto y se

retiró sin más palabras. La abadesa aún pudo escuchar, desde detrás de las puertas cerradas, la voz estridente del hijo de Cana, que seguía gritando:

—¡Tened cuidado, abadesa! ¡El día que el sol desaparezca del cielo, correrá la sangre en vuestra abadía!

★ ★ ★

El hombre se inclinaba hacia delante frente al viento frío. Apoyado en el oscuro roble con que estaba construida la alta proa de la embarcación, buscaba la costa distante con los ojos entornados. El viento, que ululaba suave erizando su pelo negro, encendía sus mejillas y agitaba su hábito marrón de lana vulgar. Estaba agarrado a la barandilla con ambas manos, aunque las subidas y bajadas de la cubierta bajo sus pies eran suaves en virtud de un viento de costa gemebundo que ponía las olas en movimiento incesante. El mar estaba agitado, y las blancas espumas parecían bailar como plumas a lo largo del paisaje gris del mar.

—¿Es aquello, capitán? —Levantó la voz para llamar al viejo marinero musculoso que se hallaba justo detrás de él.

Era un hombre de ojos brillantes y rasgos muy marcados. Su piel tenía un tono semejante a la caoba debido a toda una vida de exposición a los vientos marinos. Con una mueca, respondió:

—En efecto, fray Eadulf. Aquél es vuestro destino: la costa del reino de Oswio.

El joven al que se había referido como fray Eadulf se volvió con la intención de examinar la costa. El entusiasmo había animado la expresión de su rostro.

La embarcación llevaba dos días circunnavegando lentamente la costa en dirección norte, tratando de evitar las olas

más tempestuosas del mar del Norte. El capitán estaba orgulloso de haber gobernado la nave hacia las bahías y las calas más protegidas en busca del refugio que ofrecían las aguas costeras más tranquilas. No obstante, acabó por verse obligado a internarse mar adentro para sortear un gran promontorio cuya costa sobresalía en dirección noroeste hacia las aguas borrascosas.

El capitán, que respondía al nombre de Stuf y era originario del reino de Sajonia, se acercó al joven monje para señalarle:

—¿Veis aquellos acantilados?

El hermano Eadulf paseó una mirada curiosa a lo largo de los acantilados de arenisca, que alcanzaban una altura de unos cien o ciento veinte metros y daban la impresión de ser muy escarpados. Estaban rodeados en su base por un estrecho cinturón de arena y algún que otro peñasco de superficie accidentada.

—Sí.

—¿Podéis distinguir la silueta que se recorta en lo alto de los acantilados? Bueno, pues ésa es la abadía de Hilda, Streoneshalh.

Desde aquella distancia, fray Eadulf no podía distinguir gran cosa aparte de la pequeña forma negra que le había señalado el capitán, y que se erigía justo delante de lo que parecía ser una grieta en el acantilado.

—Ése es nuestro puerto —anunció el capitán como si hubiese leído el pensamiento del joven—. Se encuentra en el valle de un río poco caudaloso llamado Esk, que desemboca en el mar a pocos metros por debajo del monasterio. En los últimos diez años se ha ido construyendo un pequeño municipio, al que debido a la proximidad de la abadía de la madre Hilda han dado el nombre de Witebia, «la ciudad de los puros».

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

El capitán se encogió de hombros.

—Quizás una hora. Depende del viento que nos arrastra a la costa y de la marea. Cerca de la entrada del fondeadero hay un arrecife peligroso que se adentra en el mar a lo largo de poco menos de una milla. Aunque no supone un gran peligro..., si se es buen marinero.

Y a pesar de que no añadió: «... como yo», Eadulf tuvo claro cuál era la intención de este comentario.

El hermano Eadulf apartó con desgana la mirada de la costa perfilada por los acantilados.

—Será mejor que informe a su ilustrísima.

Mientras se daba la vuelta, se tambaleó ligeramente y se mordió el labio para contener la maldición que llegó a su lengua de forma espontánea. Había empezado a tenerse por un hombre de mar, y no sin razón, ya que había cruzado en dos ocasiones el ancho mar que separaba Britania de la tierra de Éireaan, y no hacía mucho tiempo que había surcado el que se extendía entre Britania y la Galia, en su viaje de vuelta después de una peregrinación a la misma Roma que había durado dos años. No obstante, había descubierto que en cada viaje necesitaba aclimatarse a las condiciones del mar. Durante los tres días que había estado navegando desde que partieron del reino de Kent, le había llevado todo un día conseguir andares de marino. De hecho, había pasado el primer día enfermo como nunca, postrado en un jergón de paja, gimiendo y vomitando hasta tal punto que pensó que las náuseas y la fatiga lo llevarían irremediablemente a la muerte. Hasta el tercer día no consiguió mantenerse en pie sin que la bilis le subiera a la garganta. De esa manera pudo dejar que la penetrante brisa del mar le limpiase la cabeza y los pulmones, y por fin volvió a sentirse vagamente humano. No obstante, todavía

había olas caprichosas que, de cuando en cuando, lo hacían tambalearse para solaz de Stuf y su tripulación.

El capitán tendió una mano callosa, fuerte y bronceada al joven monje con el fin de sujetarlo cuando estuvo a punto de perder el equilibrio, y fray Eadulf lo obsequió con una tímida sonrisa en señal de agradecimiento antes de marcharse. Según se alejaba, Stuf observó divertido sus torpes andares. Una semana más, pensó, y el joven religioso se convertiría con toda probabilidad en un marinero bastante digno. El trabajo duro no tardaría en poner sus músculos de nuevo en forma, pues no le cabía duda alguna de que se habían vuelto flácidos a fuerza de pasar un año tras otro entregado a la oración en claustros oscuros, sin ningún contacto con el sol. Aquel monje tenía planta de guerrero, y esta idea hizo que Stuf sacudiese la cabeza en un gesto reprobatorio: el cristianismo estaba convirtiendo a los guerreros sajones en mujercitas.

El viejo capitán había transportado cargamentos de todo tipo a lo largo de aquella costa, pero era la primera vez que navegaba con una partida de cristianos. Se trataba de unos pasajeros curiosos, por el aliento de Woden. Stuf no ocultaba que prefería adorar a las deidades antiguas, que eran los dioses de sus mayores. De hecho, su propio país de Sajonia estaba empezando a permitir con desgana que los que hablaban del Dios sin nombre cuyo Hijo recibía el de Cristo entrasen en su reino para predicar. Stuf hubiese preferido que el rey de Sajonia siguiese prohibiéndoles enseñar en su territorio. No soportaba a los cristianos ni sus enseñanzas. Cuando le llegase la hora, prefería presentarse en la Sala de los Héroe empuñando su espada, gritando el nombre sagrado de Woden, como habían hecho antes que él sus ancestros, a gimotear el nombre de un dios extranjero en la lengua estafalaria de los romanos antes de expirar de manera pacífica en el lecho. No era digno de un

guerrero sajón pasar a la otra vida de esa manera. De hecho, a un sajón le estaba vedada cualquier vida ultraterrenal si no acudía a la Sala de los Héroes espada en mano.

Por lo que Stuf tenía entendido, el tal Cristo era concebido como un Dios de la paz, de los esclavos y los ancianos. Sin duda era preferible un dios varonil o uno belicoso, como lo eran Tiw o Woden, Thunor, Freyr o Seaxnat, que castigaban a sus enemigos, favorecían a los guerreros y asesinaban a los débiles. Sin embargo, él era ante todo un hombre de negocios, dueño de una embarcación, y el oro de los cristianos era tan bueno como el de cualquiera; así que no era asunto de su incumbencia que su cargamento estuviese constituido por un grupo de religiosos de Cristo.

Se dio la vuelta, de espaldas al viento, y escupió por encima de la borda, al tiempo que levantaba sus ojos sin color, aunque no carentes de brillo, a la enorme vela que se extendía sobre él. Había llegado el momento de arriarla y poner a los treinta y ocho esclavos que manejaban los remos a empujar hacia la costa. Recorrió los veinticinco metros de la nave en dirección a la popa, gritando órdenes a diestro y siniestro.

El hermano Eadulf se abrió paso también hacia la popa para encontrarse con sus compañeros, media docena de hombres que se hallaban tumbados en jergones de paja. Se dirigió a uno de ellos, un hombre de aspecto jovial y cabello gris.

—Hemos divisado Witebia, hermano Wighard —anunció—. Según el capitán, desembarcaremos en una hora. ¿Debo comunicarlo a su ilustrísima?

El hombre regordete sacudió la cabeza.

—Su ilustrísima aún no se encuentra bien —respondió afligido.

Fray Eadulf le dirigió una mirada de preocupación.

—En ese caso, deberíamos llevarlo a proa. Allí el aire le devolverá la salud.

El hermano Wighard volvió a sacudir la cabeza de manera enérgica.

—Sé que habéis estudiado las artes de la medicina, Eadulf; pero curas como ésa pueden llegar a ser mortales, hermano. No interrumpáis por el momento el descanso de su ilustrísima.

Eadulf dudó unos instantes, sopesando de un lado sus conocimientos y creencias y de otro el hecho de que Wighard no era alguien a quien pudiera ignorarse. Era el secretario de Deusdedit, arzobispo de Canterbury, y en ese caso el mismo Deusdedit constituía el objeto de su conversación.

El arzobispo era un hombre anciano. Había sido ordenado por Eugenio I, obispo de Roma y padre de la Iglesia universal, que le había encomendado la tarea de dirigir la misión de Roma en el reino anglosajón de Britania. Nadie podía conversar con él sin el previo consentimiento de Wighard. Los rasgos de querubín de su secretario escondían una mente fría y calculadora, y una ambición tan aguda como la espada más afilada, por lo que Eadulf había podido descubrir durante los pocos días que había vivido en contacto con el monje de Kent. Wighard mostraba un celo extremado con respecto a su posición como secretario y confidente del arzobispo.

Deusdedit tenía el honor de ser el primer sajón en ocupar el cargo que Agustín había inaugurado en Canterbury, cuando llegó de Roma con el propósito de convertir a los paganos sajones al culto de Cristo hacía escasamente setenta años. El puesto de jefe de los misioneros de Roma en tierras de los anglosajones estaba reservado para religiosos romanos. Sin embargo, Deusdedit, nacido en Sajonia occidental, donde recibió el nombre de Frithuwine, había demostrado con creces su erudición, paciencia y entusiasmo hacia la doctrina de Roma.

Había sido bautizado en la nueva fe con el nombre de aquel que ha sido entregado (*deditus*) a Dios (*Deus*). El santo padre no mostró ningún inconveniente en nombrarlo su portavoz en los reinos anglosajones, así que Deusdedit llevaba ya nueve años guiando los pasos de los cristianos que confiaban en la autoridad espiritual de Roma.

No obstante, la salud de Deusdedit no había sido precisamente buena desde el inicio del viaje, y el arzobispo se había visto obligado a pasar la mayor parte del tiempo aislado de los demás, atendido sólo por su secretario Wighard.

Eadulf vaciló ante Wighard: se preguntaba si no debería ser más enérgico a la hora de ofrecer sus conocimientos de medicina; pero acabó por encogerse de hombros:

—¿Haréis saber al menos a su ilustrísima que no tardaremos en desembarcar? —preguntó.

Wighard lo tranquilizó con un gesto.

—Se lo diré. Avisadme, Eadulf, si divisáis algún indicio de que en la playa se ha preparado una recepción.

El hermano Eadulf inclinó la cabeza. La vela ya estaba arriada y asegurada, y los quejumbrosos remeros halaban los largos remos de madera para impulsar la suave embarcación. Eadulf permaneció algunos instantes inmerso en la actividad que se estaba desarrollando a bordo mientras la nave parecía planear sobre las aguas en dirección a la costa. Se sorprendió pensando que ése era precisamente el tipo de barco en que sus ancestros debían de haber cruzado, tiempo atrás, el vasto mar con el fin de asaltar y conquistar la fértil isla de Britania.

Los supervisores recorrían las filas de esclavos mientras éstos gruñían y se afanaban con los remos, y los animaban a golpe de látigo o profiriendo gritos cargados de imprecaciones. De vez en cuando se oía un agudo grito de dolor cuando la lengua de un látigo entraba en contacto con la piel sin pro-

tección de algún esclavo. Eadulf observaba a los marineros corriendo de un lado a otro, a causa de sus incontables ocupaciones, con una envidia mal contenida. Se conmovió al caer en la cuenta de lo que estaba pensando.

No tenía derecho a envidiar a nadie, ya que fue él quien dio la espalda al cargo hereditario de *gerefa*, o magistrado, de las tierras del jefe de Seaxmund's Ham cuando alcanzó la edad de veintiún años. En aquel momento abjuró de los dioses del South Folk, en el reino de Anglia Oriental, para seguir al nuevo Dios cuyo credo les había llegado de Irlanda. Lo convenció, siendo joven y entusiasta, un irlandés que, aunque hablaba un sajón terrible, consiguió hacerse entender lo suficiente para lograr su propósito. Su nombre era Fursa, y no sólo le enseñó a leer y escribir en su sajón nativo, lengua que Eadulf no había visto por escrito con anterioridad, sino que también lo inició en el conocimiento de las lenguas latina e irlandesa, y lo convirtió a la doctrina de Cristo, el Hijo de aquel Dios sin nombre.

Eadulf había llegado a ser un discípulo tan capaz que Fursa le proporcionó cartas de presentación y lo envió a su Irlanda natal, en un primer momento a un monasterio de Durrow en el que se formaban y educaban estudiantes de todos los rincones del mundo. Pasó un año estudiando entre aquellos piadosos hermanos, si bien, tras interesarse por los remedios y los poderes curativos de los apotecarios irlandeses, acabó ampliando sus estudios durante cuatro años en la famosa escuela de medicina de Tuaim Brechain, donde aprendió las artes del legendario Midach, hijo de Diancecht. Éste había muerto asesinado, y de las trescientas sesenta y cinco articulaciones, tendones y miembros de su cuerpo habían brotado otras tantas hierbas diferentes, cada una de las cuales tenía la propiedad de curar la parte del cuerpo de la que había germinado.

Este aprendizaje despertó en él la sed de conocimiento, y también le hizo descubrir las dotes que poseía para resolver acertijos. De esta manera, enigmas que para otros eran como una lengua desconocida representaban para él adivinanzas de fácil solución. Daba por sentado que dicha facultad estaba relacionada con el conocimiento oral del derecho sajón que había adquirido a través de su familia, que ocupaba la posición de *gerefa* hereditario. En ocasiones, aunque no con demasiada frecuencia, había lamentado haber renegado de Woden y Seaxnat, pues, de lo contrario, él también habría sido *gerefa* del jefe de Seaxmund's Ham.

Al igual que muchos otros monjes sajones, había seguido las enseñanzas de sus mentores irlandeses en lo referente a las costumbres litúrgicas de su Iglesia, el calendario de la celebración de la Semana Santa, tan relevante para la fe cristiana, e incluso el estilo de su tonsura, que anunciaba que habían dedicado sus vidas a Cristo de manera incuestionable. No fue hasta su regreso de Irlanda cuando Eadulf trabó conocimiento con los religiosos que seguían, a través del arzobispo de Canterbury, la autoridad de Roma. De esta manera, descubrió que las prácticas de la Iglesia romana no eran las de los irlandeses ni tampoco las de los británicos. No sólo se diferenciaban en la liturgia, sino también en el calendario de Semana Santa. Incluso su tonsura difería en gran medida de la de Roma.

Eadulf decidió resolver este misterio, y con esta intención emprendió una peregrinación a Roma, tras la cual pasó dos años estudiando con los maestros de la Ciudad Eterna. Cuando regresó al reino de Kent, lo hizo exhibiendo en su coronilla la *corona spinea*, la tonsura de Roma, y ansioso por ofrecer sus servicios a Deusdedit, dedicado a los principios de la doctrina romana.

Y por fin había llegado el momento en que los años de disputas entre el dogma de los monjes irlandeses y los romanos parecían tocar a su fin. Oswio, el poderoso rey de Northumbria, cuyo reino había sido convertido por los monjes irlandeses del monasterio de Columba, situado en la isla sagrada de Iona, había decidido convocar una gran asamblea en la abadía de Streoneshalh en la que abogados de ambas doctrinas discutirían sus creencias. Finalmente, el rey juzgaría los resultados para decidir, de una vez por todas, si su reino debía someterse a Roma o a los irlandeses. Y de todos era sabido que lo que hiciera Northumbria sería secundado por los demás reinos anglosajones, desde Anglia Oriental y Mercia hasta Wessex y Sussex.

Clérigos procedentes de los cuatro puntos cardinales estaban llegando a Witebia, y no tardarían en enclaustrarse en la sala del monasterio de Streoneshalh que dominaba el diminuto fondeadero. Eadulf lo observaba todo, sintiendo una gran emoción a medida que la nave se acercaba a los altos acantilados y el negro contorno de la impresionante abadía de Hilda de Streoneshalh se hacía más claro a sus ojos.